

## El anuncio

Sólo me di cuenta de la profundidad del silencio en el cuartucho donde nos encontramos cuando percibí el aleteo de una mosca atrapada entre la pantalla y la bombilla de la lámpara. No llegaba el menor ruido de la calle. Como si el mundo exterior hubiera desaparecido. Leonel se hallaba de espaldas en la cama mirando al techo, completamente sereno y relajado, tan mudo y quieto que era como si no estuviera. Había apagado el cigarrillo y el humo blanco vagaba por el aire de la pieza. Yo estaba sentada a su lado con las piernas encogidas y el mentón apoyado entre las rodillas.

—Qué rara puede ser la forma como se dan las cosas —dije.

Leonel no dijo nada.

—¿No te parece que esto es muy extraño? A veces me pregunto si no estará todo determinado desde siempre. ¿Qué crees tú? Tal vez nosotros dos nacimos destinados a pasar estas horas haciendo el amor. Cuando lo pienso me dan escalofríos. Querría decir que todo está dispuesto y la vida es un asunto sin opciones. Prefiero pensar que no es así, que dentro de ciertos límites tenemos libertad para decidir y algún control sobre nuestro destino. ¿Y tú?

No hubo respuesta.

Entonces me volví a mirarlo. Estaba inmóvil, con los ojos pegados en el techo blanco. Los tenía abiertos, fijos, detenidos, ay, sin mirada ni brillo, apagados. No había emitido ni el más leve quejido y su rostro había adquirido la rigidez del mármol.

Así terminó su vida. Sin un ruido, sin una señal, sin el menor aviso. Como un zancudo que se cambia de lugar.

Al principio pensé que era yo quien lo había contagiado con mi mala suerte, era yo quien me había convertido en una especie de rey Midas al revés y lo que tocaba se transmutaba en muerte. Me sentía tan responsable de su muerte como a ratos me he sentido de la mía que se avecina. Pero ahora me doy cuenta de que aun cuando esta acia-

ga enfermedad sea el preludio de mi propio final, no tuve nada que ver con el desenlace de mi amante. La muerte de Leonel tiene su propia génesis y se inició una semana antes, aquel sábado en mi huerta, cuando vi a esa extraña vieja meando junto al ciruelo.

La mañana del sábado 9 de octubre estaba desmalezando la tierra donde plantaría los tomates y de pronto tuve una sensación muy insólita, semejante a lo que había sentido de niña cuando enterramos a mi abuela en el cementerio de Molco. La esencia de las cosas había cambiado, como si los ciruelos que plantó Clemente, las hojas de los helechos, la tierra que acababa de remover con tanto cuidado y hasta yo misma hubiéramos sido habitados por una nueva presencia. Miré al cielo y advertí que empezaba a oscurecer, una masa de nubes negras y espesas se cerró sobre mi cabeza y al minuto siguiente el mundo quedó envuelto en un oscuro silencio. No puede ser, son las once de la mañana, debe de tratarse de un fenómeno climatológico, me dije, tratando de controlar mi creciente nerviosismo. En eso, noté que la naturaleza dejaba de respirar. Se avecinaba una tormenta o algo parecido. El aire se había espesado como en esos días que parecen sopa, en pleno verano. Esta-

ba metida en un sueño caliente y estático, atrapada en la aplastante quietud de esa especie de noche sin sentido.

De pronto tuve la certidumbre de que en la huerta había alguien más. Giré la cabeza y vi a una vieja larga y huesuda vestida con andrajos negros. Había salido de la nada y se encontraba meando en cuclillas junto al tronco de un ciruelo, a escasos metros de mí. La vieja ni siquiera me miró. Siguió meando como si yo no existiera. Mis ojos hipnotizados quedaron pegados a su chorro. Era un chorro cristalino que salía ininterrumpidamente, un hilo de oro claro que me llamó profundamente la atención. Hubiera dicho que los meados de la muerte son un líquido viscoso y verde, con un olor que se instala para siempre en la nariz de la memoria. La vieja siguió meando tan tranquila, sin prisa ni bochorno, como si fuera a seguir haciéndolo para toda la vida. Y yo sabía que mi deber era esperar a que terminara.

Aquí sí que me jodí, pensé dándome vueltas en un torbellino de ideas negras que cruzaron por mi mente, esta vieja vino a buscarme. Seguro. Me apuntará con el dedo y me dirá: «Bueno, Clara, ya no se puede estirar más el elástico, no pienso regresar sola a los potreros donde la eternidad duer-

me abrazada a mi capote de sargento». Ya está, ésta es mi hora, hasta aquí no más llegué, en ninguna parte está estipulado que se deba morir recostada en una cama, ni en un hospital o luego de estar dos semanas gravemente enferma. Para morir no hay edades ni principios fijos. La muerte es un férreo sargento, estricto en sus arrestos, escribió Shakespeare, y nunca se ha dejado arredrar por la edad de sus víctimas. La gente muere en el lugar menos pensado. En el cuarto de baño, conduciendo un auto, pronunciando un discurso. O leyendo *Dublineses* como mi padre. Cómo y dónde se muere es lo que menos importa, lo peor es lo que viene después: despertar y no saber qué hacer, no saber hacia dónde dirigirse, sentir que no existe el suelo, que no hay nada más que aire, estar en un lugar donde no se ve a nadie ni se escucha más que el rumor interno de uno mismo, un lugar donde no es posible decir si es de día o de noche, porque no existe la luz ni la falta de ella, y saber que se permanecerá allí y en ese estado para siempre. Se me pusieron los pelos de punta.

En eso la vieja alzó la cabeza y se apartó de la frente un grueso mechón de cabello grasoso para clavarme una mirada que me pareció familiar. Al instante me di cuenta con horror de que sus ojos

eran mis propios ojos. Ayyy, si era yo misma. Algo muy grave debe de estar a punto de pasarme, ésta es la señal. Entonces no supe qué era lo que estaba a punto de pasar, ni señal de qué podía ser aquella horrenda señora que me escrutaba con mis propios ojos. Lo más natural habría sido pensar que era la manera que había escogido mi enfermedad para anunciarme que terminaría aniquilándose no obstante una vocecita interior me decía que no, no era eso, la vieja había venido para prevenirme de algo.

Aquello fue el anuncio de la muerte de mi amante, pero, claro, en ese momento no había forma de que lo supiera porque mi amante no existía. Es decir, existía para mucha gente, no para mí.

De repente y ante mi asombro, la vieja se hizo humo y desapareció tan abruptamente como había llegado. El cielo comenzó a recuperar su claridad de todas las mañanas, el corazón me zumbaba en los oídos, recogí más que ligero los guantes que se habían caído al suelo, el azadón y el pequeño rastro que había comprado hacía unos días y me dirigí corriendo hacia la casa. Al pasar por el comedor me detuve frente al espejo que había al lado de la puerta. Era yo misma. Clara Griffin, nada había cambiado, ahí estaba mi cara pálida y delga-

da de todos los días, mis ojos negros, mi boca de labios abultados.

A lo mejor no había sido cierto que fui visitada por la muerte, ni los sueños eran enteramente fiables, pero una vez dentro del ámbito claro y agradable de nuestra casa me sentí segura. No era que me gustara esa casa, porque nunca me gustó tanto o mejor dicho nunca fui lo que se llama feliz en ese lugar exquisitamente decorado por Clemente. Ahora que lo pienso, no sé si he sido realmente feliz en alguna parte, pero en esa casa vivía con la sensación de moverme en un espacio que no me pertenecía. Era un lugar bello, pero siempre silencioso y desangelado donde reinaban el buen gusto y la armonía, no lo niego, todo se veía ordenado y prolijamente limpio, no había nada feo, pero no había nada mío. Un lugar sin alma. Los muebles, los cuadros, las alfombras, los objetos antiguos, todo había sido escogido por Clemente y desde antes que llegaran esas cosas ya existía el lugar para cada una, como si en el momento de construir aquellos espacios diseñados para llevar la vida acomodada y exacta que a Clemente le gustaba y a mí me deprimía él ya supiera qué objetos compraría y dónde quería colocarlos. Los dos sillones flamencos a ambos lados de la chimenea, el escritorio in-

glés que perteneció a un presidente junto al ventanal, la preciosa librería regencia que consiguió en Valparaíso arrimada a la pared del fondo, el jarrón azul de Sèvres sobre la mesa del vestíbulo, el biombo de Coromandel, otrora propiedad de una millonaria francesa que no quiso dejar sus huesos en Chile y regresó a morir en su antigua casa de San Juan de Luz, el espejo reina Ana que me regaló para el décimo aniversario de matrimonio. Es una pieza única de comienzos del siglo XVIII, dijo al entregarme el pequeño mueble lacado, con el espejo en la parte superior y un cajoncito donde cabían tres cajas de polvo y dos cepillos. El espejo de la discordia, como lo llamó después. Tal vez habría sentido que el bello objeto era realmente para mí si, cuando insinué que me habría gustado dejarlo en nuestro dormitorio y usarlo de tocador, Clemente no hubiese dicho —con toda dulzura, como decía siempre las cosas— que aquél no era el lugar apropiado, que lo mantendríamos sobre la mesa, junto a la puerta del comedor.

Cuando era niño, su abuelo paterno vivía en una regia mansión Tudor (todavía existe) con la cual Clemente soñó durante casi toda su adolescencia. El viejo era millonario en dólares, algo que en ese tiempo en Chile se contaba con los dedos de una



mano. Odiaba a la madre de Clemente, la llamaba «la extranjera» y a quien quisiera escucharlo le decía que su hijo podría haberse casado con quien hubiera querido, pero tuvo que elegir a una holandesa desconocida. Cuando murió el padre de Clemente (Clemente tenía diez años) su madre, dura y auto-referida, le prohibió visitar al abuelo. Clemente, que adoraba al viejo, nunca más lo vio, ni a él ni a nadie de esa rama de la familia. Pasó el resto de la niñez encerrado en un cuchitril con su madre viuda y resentida contra la sociedad que la había discriminado, soñando con la casa y la forma de vida de su abuelo. Siempre creí que al construir su propia vivienda estaba vengándose inconscientemente de su madre por haberlo alejado de la mitad de la familia y haberlo exiliado en ese departamento gris y maloliente, impregnado del intenso olor a coliflores cocidas y a trapos mojados que le azotaba las narices cada vez que ponía un pie en el hall de entrada. La mujer parecía determinada a sacarle partido a su desgracia siendo lo más desgraciada posible y dejando que las huellas de su miseria estuvieran a la vista: el espejo del baño quebrado en una esquina, los estropajos resbalosos y fétidos que usaba para amarrar la apolillada cañería del lavaplatos, las cortinas desenganchadas, las paredes con la pintura

descascarillada, todo ello conspiraba contra cualquier cariño que Clemente pudiera tenerle al lugar desordenado y pobretón donde vivían. Muchos años más tarde, cuando ella lo recriminó por haberse construido una casa tan lujosa y cara, se lo dijo, con otras palabras, claro, pero se lo dijo: «Necesito vivir en armonía con mi sensibilidad, madre». El sello de nuestra casa era la armonía, la luz perfectamente calculada, los espacios amplios, los techos altos, los muros claros. Lo opuesto a un cuchitril maloliente. Los cuadros se iluminaban indirectamente con focos especiales que Clemente había hecho colocar en los rincones y cerca de los mismos cuadros. En invierno, la chimenea se encendía a las cuatro de la tarde, todos los días, y bajo el resplandor de las llamas la hermosa figura del Buda de mármol blanco parecía retornar a la vida. En los meses del verano flotaba el aroma dulzón de los jazmines. Tras los ventanales se veía el cuidado jardín rodeado de helechos y más atrás se alcanzaba a divisar la huerta, que yo misma había formado cuando todavía era una mujer sin fecha de morir y donde aquella mañana tuve la espeluznante visión de la vieja.

Sé que una no puede alejarse de una enfermedad como ésta, pero quisiera hacer algo que me sacara de este mal, algo que me alejara de mí misma,

le dije un día a Clemente mientras estábamos en la terraza mirando caer la tarde. Escribe, respondió él de inmediato, como si fuese algo en lo que hubiera estado pensando. Me sorprendió que se le hubiera ocurrido así, tan a la rápida, una de las pocas cosas que tal vez me habría entusiasmado hacer en ese momento de mi vida, escribir. Yo había escrito algunos cuentos y de niña me contaba a mí misma el cuento de que sería una gran escritora, pero mi impulso no pasaba más allá de crearme mi propia mentira. Nunca he sido una persona disciplinada y he pasado años sin saber lo que quería y sin vivir como hubiera deseado. Quizá ahora que le habían puesto día y hora a mi muerte (y me lo habían contado a mí) había llegado también la hora de escribir, pero ¿cómo hacerlo?